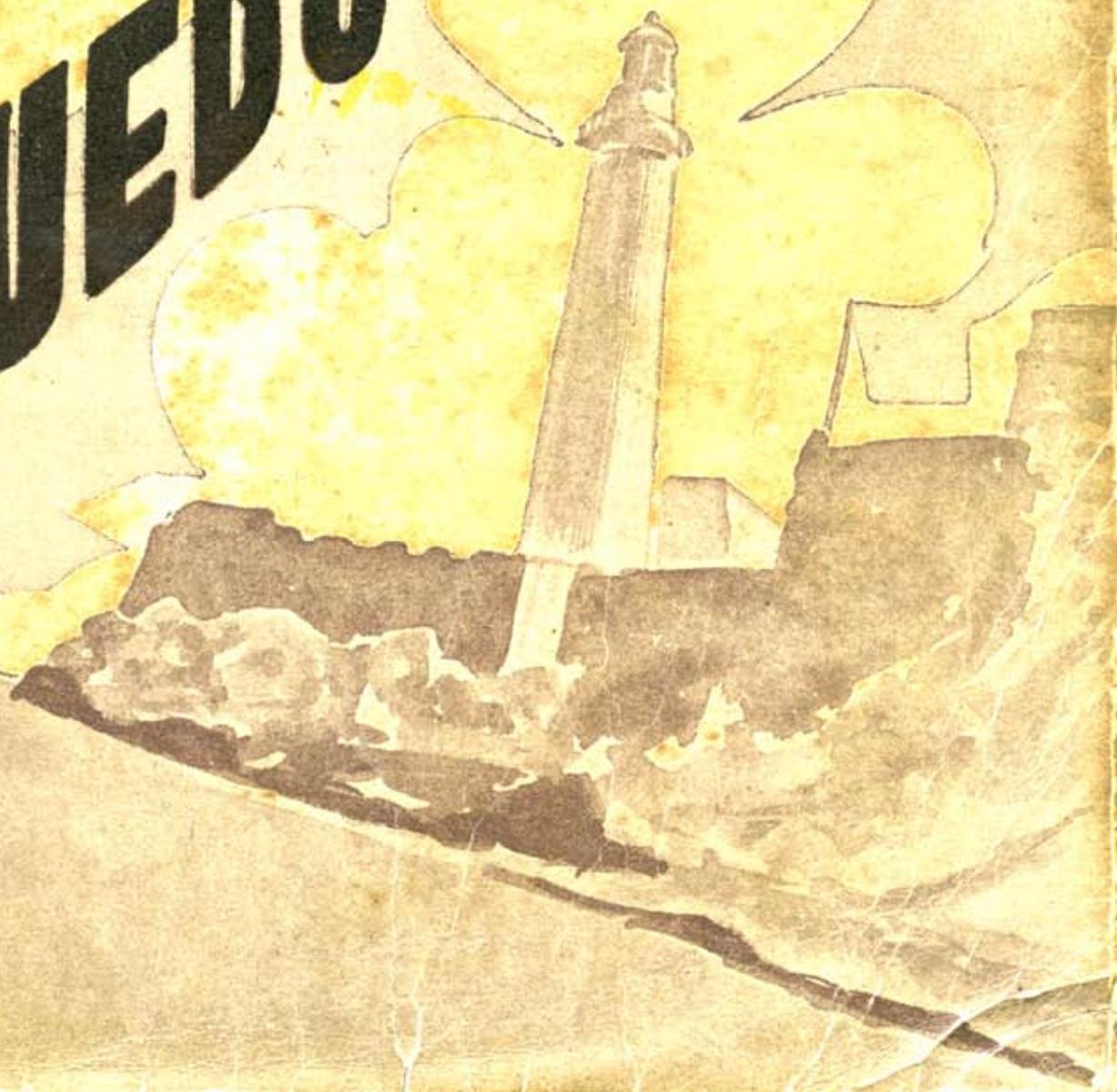


F. LEON de VIVERO

EL TIRANO
QUEDO ATRAS



CAPITULO I AMA SUA, AMA LLUCLLA, AMA KELLA

(De "Prensa Libre". La Habana, Cuba. Febrero 17 de 1950).

No soy de los que creen que toda vida pasada fue mejor. Pero si de los que piensan, que los pueblos y los individuos, deben de vez en cuando, volver los ojos a los tiempos idos para recoger enseñanzas, temprar la conducta, reencontrar el camino perdido.

Las colectividades que no tienen apóstoles o no retornan a la búsqueda del agualustral de los evangelios morales proclamados, amenguan o perecen. Ellos, como los profetas de la antigüedad bíblica, agitan conciencias, estremecen corazones, despiertan voluntades.

Volver los ojos, ¿para qué?, exclamara algún baturro. Pues, para no perder la fe, que aun violando la consigna de volver el rostro, y quedar convertido en sal, como Lot, se aprende en pedagogía difícil de olvidar.

La Patria se hace a base de raza, de territorio, de lengua, de sentimientos. Mas se consolida, proyecta y adquiere vigencia cuando exhibe una historia, la reclama y la siente. Y la historia no es sólo jalonar de hechos y acontecimientos. Es inventario de hombres que abrieron surcos, invocación permanente de ejemplos superiores, de jerarquías en el martirio, en el deber, en el apostolado que invitan a la emulación.

Los contemporáneos suelen reírse o encogerse de hombros de aquel que pregona actitudes dignas y viriles y fustiga implacablemente el error o la concupiscencia. A la postre, el pregonero solitario se convierte en intérprete de multitud. Los que ríen entonces, son pocos. La verdad triunfa, la fe prende, una nueva conciencia alumbra. En Indoamérica, hay países, muchos por desgracia, donde los gobernantes encaramados en el poder, creen reírse de la Historia. Para ellos, la Historia principia en ellos. Lo pasado, pasado fué. Desbocados se lanzan

al usufructo del poder. El tesoro público es arca con que saciar apetitos e incrementar cuentas bancarias. La república, predio donde comer y pastar a sus anchas.

Pierden así el sentido de la Historia. Echan en saco roto el voto colectivo. Rompen con su conciencia. Dejan de ser gobernantes. Transfórmense en mandones. Y el mandón no sabe del diálogo que importa corresponsabilidad. Irresponsable, se pronuncia en monólogos. La masa ya no le interesa. El pueblo puede reaccionar. Reacciona en ocasiones. O bien unciéndose al carro de los culpables o quitando y restando simpatía y calor. Esto no es bastante, por cierto. La retirada, el alejamiento son actitudes negativas, suicidas. Se requiere al contrario, posiciones definidas y claras. Puestos, en las trincheras del deber y de la lucha. Allí, aparece el sentido de la historia, la incitación vital del heroísmo cívico que empuja a defender la patria.

Un jurista uruguayo hablaba de dos bienes jurídicos que constituyen la esencia de la patria misma: la independencia y la libertad. El primero, anejo a la soberanía. El segundo, relacionado a la existencia interna del Estado.

Tan importante como el primero es lo segundo diría el jurista. Más importante es la libertad, agregaríamos nosotros. Porque no puede defenderse la independencia si no hay libertad, si no se siente la libertad, si no se lucha y pelea por ella, a toda hora y minuto.

Libertad de expresión, de ideas, de conciencia. Libertad para exigir respeto a la ley y a las esencias de la Patria. Bien. Pero la libertad no es sólo derecho de hablar y vivir libremente. La libertad es un imperativo, un mandato que impone deberes. Deberes actuantes, dinámicos si se quiere. Teóricamente, si escindiéramos en dos mitades esta garantía

humana, señalaríamos de un lado el derecho del ciudadano, y del otro, el deber que impone el compromiso de darse en favor del procomún.

Estas son verdades que hay que continuarlas propagando en América. Aun cuando la cosecha no sea abundante ni rica.

Los indios en el Perú de los Inkas, al saludarse se decían: Ama sua, ama lluclla, ama kella. (No seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso).

A base de este tríptico moral forjaron un imperio que subsistió hasta el colapso de Cajamarca cuando el codicioso Pizarro mandó matar a Atahualpa. La felicidad se esfumó. El hombre hasta ese momento pudo comer, vestirse, vivir con holgura. Desde esos días arrastra su miseria y canta en la antara, sus penas y congojas.

Cuanto ganarían nuestros pueblos, si a los gobernantes, les repitiéramos cotidianamente, el sabio y profético saludo inkaico: No seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso. Quizás si también lograríamos felicidad para todos.

CAPITULO LX

MASAS Y DIRIGENTES, IGUAL PARTIDOS POLÍTICOS

(De "Prensa Libre". La Habana, Cuba. Mayo 9 de 1950.)

No hay ni puede haber democracia, allí donde no funcionan partidos políticos. No hay partidos políticos sin masas y dirigentes. La ecuación se anula por la falta de uno de esos elementos. El cuadro resulta siniestro y los resultados pavorosos. Las agrupaciones, entonces, se convierten en partidas ávidas de llegar al poder por el poder. Lo que supone arbitrariedades, fraudes, componendas, robos. Esto es, la desintegración jurídica, el caos legal, la anarquía cívica. El relajo, como dirían con gran objetividad, los cubanos.

El Partido supone masa. Mas también dirigentes. Equipo capaz de comandar, actuar, ejemplarizar, controlar.

El Partido, creado por la mística de un hombre, que gire en torno de él, que vive, depende y se desenvuelve exclusivamente por su acción, es una letra a días vista. A la larga, desaparecerá. Subsistirá mientras el gestor exista. Eso en el mejor de los supuestos. Alejado él de las actividades políticas, o desaparecido, el Partido se extingue o languidece.

El sepelio del fundador del Partido, conlleva la exequia de la agrupación. Bajo la lápida del sepulcro, se mezclarán las huesas del partido con las de su inspirador y guía.

Razón tiene, pues, Carlos Márquez Sterling —indiscutible valor intelectual y figura cimera de la política cubana—, al afirmar que, "La obra política de un partido nuevo y distinto tiene que ser de conjunto".

Sólo el conjunto —agrega él— salvará el Partido.

* * *

En Indoamérica, la democracia funcionó siempre mal. Los Partidos, inclusive los tradicionales, surgieron, como

consecuencia, no de un programa sino del calor, influencia, prestigio y fuerza de una personalidad política.

Los partidos fueron conglomeraciones manejadas por caudillos afortunados. Es evidente, que algunos de ellos, se esforzaron por exhibir programas. Pero eso fué lo secundario. Se cumplían o no se cumplían.

No se les otorgaba importancia. Era el caudillo, y nada más que el caudillo, lo que interesaba y atraía. Ingenuamente se le seguía con la fe del campesino. Su palabra tenía valoración dogmática. Lo que hacía, estaba bien hecho. Y lo que dejaba de hacer, mejor.

Un caudillo se proclamaba liberal. El otro, conservador. Las diferencias aparecían sutiles. Insignificantes. Apenas se distinguían. Los unía la vehemencia de adueñarse del poder.

Los caudillos van desapareciendo, o su control e intervención, deteniéndose, en períodos limitados de tiempo. Al caudillo lo substituye el Presidente. El Partido, controlado por éste, tendrá menos fisonomía y significación. Devendrá en maquinaria electoral y administrativa. Todos querrán reelegirse, buscar posiciones para amigos y familiares, beneficiarse con las humedades del agua fiscal. El Presidente es el dispensador, el benefactor, el distribuidor de granjerías.

En tales condiciones, pocos serán los militantes de la agrupación que se atrevan a discutirle al Presidente. Y la falta de entereza moral en el correligionario, acarreará la incapacidad e incomprensión del Presidente en admitir puntos de vista discrepantes. El hombre del poder, borracho de adulación y servilismo, carece de grandeza si se precisa rectificar errores o enmendar rumbos.

El Presidente, sin control del propio partido, sin la fiscalización de los partidos opositores, deviene predestinado. Lo sugestionan y se autosugestiona. Se acoraza de providencialismo y no le importa la historia. Los gobernantes, de espaldas a la responsabilidad histórica, se divorcian de sus pueblos.

El político de altura, el estadista de garra y visión, que deja huella profunda en el recuerdo siempre fresco de sus conciudadanos, no se atemoriza por desandar caminos o reemprender jornadas. Como el labriego ante la cosecha helada o la siembra pasmada, vuelve a trabajar con ahínco la tierra, abriendo surcos, limpiándola y abonándola, pisándola y estrujándola, sin dejar de mirar el sol y las estrellas.

Las masas agradecen al político que en su alta posición de gobernante pega el oído al corazón del pueblo. Ausculta los latidos y toma decisiones heroicas.

La humildad de las rectificaciones en política, engrandece y dignifica.

Es bárbaro admitir que un político no puede equivocarse. El hombre en el poder no es infalible. El ciudadano tiene derecho a equivocarse. Lo que se exige y demanda al gobernante es ancha capacidad e imperativo de sintonizar con las mayorías nacionales. Los pueblos poseen olfato peculiar. Un sexto sentido para reclamar rectificaciones o reencuentros. Y bondad sin orillas para perdonar a los patriotas honestos.

La rectificación no vendrá. Y si viene será comedia. Ensimismado el gobernante, prepotente y frívolo, sin equipo director en el partido, continuará portando su múcura, que no es la del pueblo, que no es ni puede ser la de la Patria.

Los usufructuarios de la partida proseguirán en la ronda y la guataquería. El balance de la actuación, arrojará déficits.

El gobierno es la expresión del juego de los Partidos. Se hace gobierno por la fecunda actividad de los Partidos, en pro y en contra. Se gobierna desde Palacio y la oposición. Se gobierna con la oposición. Un partido en el gobierno, con destino histórico, es sensible a la oposición.

Una oposición, de la misma envergadura, es sensible a la actuación de un gobierno patriota y constructivo.

Si se quiere implantar la democracia, seamos sinceros. Hay que constituir partidos de base popular, con programas sociales y dirigentes hábiles. Los dirigentes no se improvisan. Se forjan en la lucha diaria, con ejemplo y constancia. El entrenamiento perseverante selecciona equipos e impulsa a los partidos a cumplir tarea con sentido de futuro.

La popularidad se alcanza. El pueblo otorga, tarde o temprano, un préstamo de confianza. Préstamo que se paga sólo actuando con acierto.

Las repúblicas perduran por la virtud. En medios podridos, partidos con dirigentes, movilizan a la ciudadanía. Ella integrará filas y no será acreedora al apostrofe de Solón. No se mostrará insensible a los intereses colectivos.

El partido con equipo, hasta por contagio, obligará a los demás a preparar temas. Pongamos fe en la obra. Acometamos la empresa de arquitecturar verdaderos partidos políticos. Junto al programa y la masa, el dirigente limpio, capaz, virtuoso.

La democracia entraña obra de conjunto. Reclama pensamiento, iniciativa, acción, honestidad. Es la mejor escuela para pensar y obedecer. Insuperable instrumento de engrandecimiento nacional. Educa y humaniza.

Despreocuparse del ejercicio democrático, socavarlo o corromperlo es facilitar la hora del cuartel. Tengamos presente que en el cuartel, se obedece y después se piensa. Y del gendarme no sabe cuándo ni cómo salir de él.

Fuente:

LEÓN DE VIVERO, FERNANDO. *El tirano quedó atrás*, Editorial Cvltvra, T. G., S. A., México, D. F., 1951, pp. 597-599; 645-648.

Precio: \$35.00